

DEVENIRES

Artículos

MIGUEL ÁNGEL URREGO ARDILA Reformas o revolución. Las incertidumbres del comunismo y las izquierdas en México...

RAUL VILLASEÑOR TALAVERA
Y HUGO RODRÍGUEZ URIBE Discurso y emancipación de la consciencia: contribuciones desde la pedagogía crítica

Dossier

Filósofas de la Modernidad temprana

DOMINIQUE RABY Xochiquétzal múltiple. Amor y sanación en la filosofía (palabra-acción-mundo) femenina prehispánica

GABRIELA DOMEQ Estrategias retóricas y usos de la Biblia en el *Traité de la morale et de la politique* de Gabrielle Suchon

JULIA MUÑOZ VELASCO Los mundos fantásticos de Margaret Cavendish

AÍDA ATENEA BULLEN AGUIAR La pintura y la ciencia de María Sibylla Merian...

Traducción

MARTIN HÄGGLUND Materialismo radicalmente ateo: una crítica a Meillassoux

Entrevista

ÍÑIGO SÁNCHEZ, RUBÉN SÁNCHEZ
Y CHRISTIAN DUECKER Nihilismo y sentido. Entrevista a Costantino Esposito



LA PINTURA Y LA CIENCIA DE MARÍA SIBYLLA MERIAN: ENTRE LA ARQUEOLOGÍA DEL SABER Y EL ANÁLISIS DE LA TEORÍA DEL PUNTO DE VISTA

Aída Atenea Bullen Aguiar
Centro de Investigación en Ecosistemas, UNAM
atenea@cieco.unam.mx

Resumen: Con la intención de dimensionar los aportes de María Sibylla Merian a la biología, particularmente a los campos especializados de la entomología y la ecología, se retoma la noción de episteme que aparece en la *Arqueología del Saber* de Michel Foucault y se complementa con la Teoría del Punto de Vista de la epistemología feminista de Nancy Hartsock y Patricia Hill-Collins. El texto intenta responder a lo siguiente: ¿de qué manera María Sibylla Merian rompe con el esquema epistemológico propuesto por Foucault? ¿Es capaz de transgredir la episteme renacentista, clásica y moderna? ¿De qué manera la Teoría del Punto de Vista puede explicar su singularidad? En respuesta a estas preguntas se encuentra que la posición liminal de Merian le permite realizar observaciones y explorar el mundo natural, sin limitaciones. Transita de la episteme renacentista –a través de la pintura floral–, a la episteme clásica a partir de sus observaciones respecto a las relaciones tróficas e interespecíficas. Vislumbra también el papel del ser humano en la deforestación y destrucción de los bosques tropicales húmedos de Surinam.

Palabras clave: historia de las mujeres, episteme, arte, ecología.

Recibido: agosto 30, 2025. **Revisado:** diciembre 12, 2025. **Aceptado:** diciembre 19, 2025.

THE PAINTINGS AND THE SCIENCE OF MARIA SIBYLLA MERIAN: BETWEEN THE ARCHAEOLOGY OF KNOWLEDGE AND STANDPOINT ANALYSIS THEORY

Aída Atenea Bullen Aguiar
Centro de Investigación en Ecosistemas, UNAM
atenea@cieco.unam.mx

Abstract: In order to dimension the contributions of María Sibylla Merian to biology, particularly to the specialized fields of entomology and ecology, the notion of episteme that appears in Michel Foucault's *Archaeology of Knowledge* is used and complemented with the Standpoint Theory of the feminist epistemology championed by Nancy Hartsock and Patricia Hill-Collins. The text attempts to answer in what way does María Sibylla Merian break with the epistemological scheme proposed by Foucault? Is she capable of transgressing the Renaissance, classical, and modern episteme? How can Standpoint Theory explain her singularity? In response to these questions, it is found that Merian's liminal position allows her to make observations and explore the natural world without limitations. She transitions from the Renaissance episteme—through floral painting—to the classical episteme by observing trophic and interspecific relationships. She is also capable of catching a glimpse into the role of humans in the deforestation and destruction of Suriname's tropical rainforests.

Keywords: women's history, episteme, art, ecology.

Received: August 30, 2025. **Reviewed:** December 12, 2025. **Accepted:** December 19, 2025.

Introducción

Un sabio proverbio dice: *caminando sola se llega más rápido, pero caminando acompañada se llega más lejos*. La verdad contenida en este refrán se constata con fuerza cuando hemos tenido la fortuna de trabajar en el campo de la educación o cualquier otra comunidad de aprendizaje. Docentes y discentes nos transformamos a partir del intercambio y el diálogo. Y cuando uno menos se lo espera, nos percatamos de que ya no somos las mismas. Nos cambiamos juntas, para bien y para mal. Lo mismo ocurre entre compañeras y colegas quienes nos comparten sus opiniones, sus hallazgos y, en ocasiones, nos retan, nos desafían y nos obligan a escribir sobre temas que jamás hubiéramos pensado explorar. Así surgió este breve texto, que es resultado de la insistencia de la Dra. María Guadalupe Zavala para investigar la obra de María Sibylla Merian. Sin duda, mi buena amiga sabía perfectamente que quedaría encantada con el descubrimiento de esta extraordinaria científica y artista, cuyo legado puede ser explorado desde múltiples aristas y enfoques. El resultado de esta invitación es un ejercicio perfectible que intenta valorar la trascendencia del trabajo de M. Merian desde una mirada epistemológica que se construye a partir de dos enfoques distintos, pero complementarios: la arqueología del saber de Michel Foucault (1926-1984) (2007) y la Teoría de Punto de Vista (TpV) de Nancy Hartstock (1943-2015) y Patricia Hill-Collins (1948-) (1983; 1986).

Posiblemente la conexión entre la arqueología foucaultiana y la TpV feminista no sea muy evidente pero, si se escudriña con atención, el argumento visual que hacen ambos enfoques es particularmente sugestivo. Es decir, ambos emplean una analogía visual. Si para las feministas mencionadas, que impulsan la TpV, la reflexión surge a partir de la experiencia de ser devaluadas e ignoradas como seres cognoscentes, a Michel Foucault, que vive el privilegio de su sexo y clase, le interesa investigar

las grandes épocas históricas y las condiciones de posibilidad que permiten un cierto conocimiento de las cosas, pese a su orientación sexual y sus experiencias de violencia heteronormativa, sin imaginar siquiera las argumentaciones feministas. No obstante, ambas propuestas reconocen que el conocimiento es producto de una mirada histórica, política y económica, particular. Cuestionando en mayor o menor medida la universalidad y objetividad del conocimiento, Foucault está interesado en reconocer los cambios en el conocimiento occidental en el tiempo, así como su relación con el surgimiento de las ciencias humanas en el siglo XX. Por su parte, afrontando la postura patriarcal, la TpV se concentra en quien intenta descifrar el mundo, ese ser cognoscente que goza del privilegio de hacer ciencia, proscribiendo a las mujeres y a los grupos racializados. De allí nuestro interés por dilucidar ¿de qué manera María Sibylla Merian rompe con el esquema epistemológico propuesto por Foucault? ¿Es Merian capaz de transgredir la episteme renacentista, clásica y moderna? ¿De qué forma la TpV puede explicar la singularidad de María Merian? Para responder a estas interrogantes, se propone esbozar la manera en la que la obra de María Sibylla Merian contribuye al desarrollo de la ciencia moderna. Concretamente, nos interesa indagar sobre la manera en la que aporta a la biología y a la ecología con sus atinadas y anticipadas observaciones científicas.

En un intento por explorar la historia de la ciencia moderna, particularmente el vínculo entre el mundo fenoménico y la capacidad humana de nombrar y aprehender la realidad, Michel Foucault (2007a) indaga la relación entre el lenguaje y tres campos disciplinares, que él considera indispensables para la organización social: la lingüística, la biología y la economía. Foucault está interesado en comprender el proceso por el cual estas disciplinas se consolidaron y, a su vez, permitieron el surgimiento de las ciencias humanas. Siguiendo su método, se recupera la vida y obra de María S. Merian, se compara y contrasta con las condiciones de posibilidad del saber de su tiempo y se valora su pertenencia —o no— a una forma de conocer el mundo entendida como *episteme*, recordando que dichas condiciones cambian a través del tiempo, respondiendo a cambios en el lenguaje y la forma de percibir, describir, nombrar y

clasificar el mundo. Por ende, la arqueología del saber se refiere a la estrategia metodológica empleada por Foucault para identificar las formaciones discursivas que equivalen a esos “artefactos” (palabras, enunciados, archivos), que quedan sepultados en el tiempo. Las palabras que nombran cosas son los objetos a excavar. Esos documentos, convertidos en archivos, no son analizados desde la hermenéutica, pues no se trata de interpretar su sentido, sino de buscar las formas de inclusión/exclusión, de etiquetar y delimitar. Mientras que Foucault se concentra en las palabras como objetos de estudio, la TpV se plantea el papel de quién nombra, es decir, en la relación del sujeto frente al objeto. Se presupone, entonces, que toda persona está sujeta a las condiciones materiales y subjetivas de su existencia, lo que, por consecuencia, afecta la percepción del mundo y las observaciones que se hacen de él. En el caso de María Sibylla Merian, se considerarán sus pinturas y sus observaciones científicas como archivos a estudiar.

La pintura como representación.

María S. Merian, una mujer del Renacimiento

La descripción que presenta Michel Foucault de *Las Meninas* en *Las palabras y las cosas* (2007a) es un hermoso examen que analiza la composición del cuadro, a la par que la sociedad española de la época. A través de la mirada del filósofo francés encontramos múltiples argumentaciones que proponen que los sujetos que aparecen en la imagen son una configuración de relaciones de poder. Es decir, en la enumeración de los personajes se puede deducir la estratificación social a partir de una escena en la que figura la Infanta Margarita con las meninas María Agustina e Isabel, Marcela de Ulloa, Nicolás y Mari Bárbola, el chambe-lán José Nieto, el extraño sin nombre, el mismo Diego Velázquez y los reyes Felipe IV y su esposa Mariana de Austria, que aparecen en el reflejo del espejo, al fondo de la imagen. Representando la sociedad española a través del lenguaje de la pintura:

No porque la palabra sea imperfecta y, frente a lo visible, tenga un déficit que se empeñe en vano por recuperar. Son irreductibles uno a otra; por bien que se diga lo que se ha visto, lo visto no reside jamás en lo que se dice y por bien que se quiera ver por medio de imágenes, de metáforas, de comparaciones, lo que se está diciendo, el lugar en el que ellas resplandecen no es el que despliega la vista, sino el que definen las sucesiones de la sintaxis (2007, p. 19).

Se recuerda el proverbio chino que dice que una imagen vale más que mil palabras, el cual propone un tipo de comprensión visual, distinta al saber verbal. Quizá por ello Foucault (2007) pone su atención en el espejo al que “nadie le presta atención” y que se vinculará a la discusión sobre el punto de vista del rey, del artista y del espectador, que se encuentran frente a la escena y que dominan con la mirada el cuadro (p. 20).

Pintado en 1656, Diego Velázquez (1599-1660) se inspiró en la idea de que “La pintura imitaba el espacio. Y la representación —ya fuera fiesta o saber— se daba como repetición: teatro de la vida o espejo del mundo, he ahí el título de cualquier lenguaje, su manera de anunciarse y de formular su derecho a hablar” (Foucault, 2007, p. 26). Siguiendo esta misma fórmula estética-epistemológica, María S. Merian publica su primer libro sobre flores en el marco de la representación exacta. Su *Libro de las Flores* (*Blumenbuch*), publicado en tres volúmenes entre 1675 y 1680, ofreció a las señoras de la época hermosas imágenes de flores que les servían de patrones a reproducir en sus bordados. María sigue el ejemplo de su padre adoptivo Jacob Marrel (1614-1681), quien también pintó hermosas flores con insectos decorativos. María se limitó a buscar la similitud perfecta. En este sentido, Velázquez como Merian son producto de su tiempo, pintaron y representaron, en toda la acepción de la palabra, la *episteme* renacentista, entendida como una condición de posibilidad del saber, en función de la imagen a semejanza.

El sociólogo francés consideró que

Hasta fines del siglo XVI, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. En gran parte, fue ella la que guio la exégesis e interpretación de los textos; la que organizó el juego de los símbolos, permitió el conocimiento de las cosas visibles e invisibles, dirigió el arte de representarlas. El

mundo se enrollaba sobre sí mismo: la tierra repetía el cielo, los rostros se reflejaban en las estrellas y la hierba ocultaba en sus tallos los secretos que servían al hombre. (Foucault, 2007, p. 26).

María Sibylla, a sus treinta y tres años, se insertó claramente en la *episteme* renacentista, a pesar de que, desde niña, observó y estudió los insectos de su ciudad natal como muchos otros naturalistas, entre ellos Aldrovani, Jonston, Ray, Godeart, por mencionar algunos. En ese tiempo, la creencia en la magia y la generación espontánea era común. Sin embargo, recolectando orugas y observando las fases de su desarrollo, Merian constató empíricamente la biogénesis, que divulgó en su segundo libro publicado en 1679, *La maravillosa transformación y extraña alimentación floral* (*Der Raupen wunderbare Verwandlung und sonderbare Blumennahrung*), ejecutando así un giro epistémico a raíz de sus observaciones directas, con base en la recolección de muestras y documentación del ciclo de vida.

La experiencia de María va más allá de una pintora renacentista, se acerca a la de una naturalista apasionada que, desde joven, compartió su gusto y emoción al encontrar debajo de una hoja alguna sustancia gelatinosa que podría envolver huevecillos de algún insecto, y que descubriría a partir de una cuidadosa y atenta observación de su desarrollo. En su cuaderno de estudio, *Studienbuch*, que mantuvo entre 1647 y 1717, escribió en la entrada 119 sobre su descubrimiento de una sustancia espumosa en las hojas de lirios amarillos, donde encontró pequeños escarabajos que recolectó para luego documentar su desarrollo. A los días reconoció crisálidas rojas y posteriormente observó cómo surgieron nuevos escarabajos (German History Intersections, 2025).

Esa emoción que Merian sentía por los fenómenos naturales la hacía preferir pintar organismos vivos, en su entorno natural, en lugar de plasmar naturaleza muerta. Esta actitud abierta al descubrimiento y a la sorpresa no se limitó a su infancia, sino que maduró con ella, hasta viajar a Surinam. De allí que sus pinturas y anotaciones fueran tan frescas y detalladas que fueron retomadas por diversos naturalistas a través de los años, incluyendo Carl Linneo (1707-1778), para su clasificación

taxonómica en *Systema Naturae* (1735), perfilándose como una artista-naturalista que sentó las bases para el surgimiento de la biología como episteme clásica.

La coexistencia de la representación como conocimiento y la clasificación como nacimiento de la ciencia muestra un momento de transición. Por ahora, se puede decir que la episteme renacentista empieza a fracturarse, desde dentro, a partir de varios procesos que incluyen la *mathesis* y la *taxinomia* con base, no ya en la semejanza, sino en la diferencia, que sistematiza y ordena la naturaleza. Así:

La crítica cartesiana de la semejanza es de otro tipo. No se trata ya del pensamiento del siglo XVI que se inquieta ante sí mismo y comienza a desprenderse de sus figuras más familiares; se trata del pensamiento clásico que excluye la semejanza como experiencia fundamental y forma primera del saber, denunciando en ella una mixtura confusa que es necesario analizar en términos de identidad y de diferencias, de medida y de orden. Si Descartes rechaza la semejanza, no lo hace excluyendo del pensamiento racional el acto de comparación, ni tratando de limitarlo, sino por el contrario universalizándolo y dándole con ello su forma más pura. (Foucault, 2007, p. 59).

En su ensayo sobre *El Método*, publicado en 1637, René Descartes (1596-1650) dedica una buena parte del texto a documentar los “pellejitos” del corazón, actualmente conocidos como válvulas cardíacas (2010). Sus observaciones son notables por su detalle, lo que también aplica a su argumentación sobre las ideas y el pensamiento. Por ello, el texto es el ejemplo por antonomasia del método hipotético-deductivo, que utiliza para analizar el cuerpo y el alma. Emplea la razón para investigar la mente/alma y la experimentación para conocer la materia/cuerpo. Mientras que la exploración del yo, como entidad, sólo es posible mediante la cognición —que asegura su existencia a partir de una argumentación lógica—, el cuerpo es diseccionado en su materialidad. A este respecto, Foucault (2007) explica que “Lo semejante, después de ser analizado según la unidad y las relaciones de igualdad o desigualdad, se analiza según la evidente identidad y las *diferencias* que pueden ser pensadas en el orden de las *inferencias*” (p. 60). Se desprende de allí la archiconocida frase cartesiana: *pienso, luego existo*, que sustituye el conocimiento renacentista que proviene de la inter-

pretación de los secretos del universo por la clasificación de las diferencias a partir de inferencias (aunque pensar y existir sean fenómenos completamente distintos) (2010). María Merian incluyó en su práctica profesional la observación rigurosa, encarnando el método científico.

Más allá del orden de la vida

Curiosamente, no parece que María Sibylla Merian se interesara por ordenar y clasificar los insectos que tanto le apasionaban. Si bien identificó especies con sorprendente certeza, le llamaba más la atención conocerlas y capturar su belleza. Consecuentemente, otros naturalistas retomaron sus pinturas y anotaciones para identificar, designar y clasificar las especies que ella registró y pintó. El más famoso de ellos, Carl Linneo, la citó 130 veces (Heard, 2016, p. 30). Se podría decir, en este sentido, que la obra de María S. Merian forma parte de este periodo de transición de la *episteme* renacentista hacia la clásica. Aunque su enfoque estético también la hizo desafiar la *mathesis* y la *taxinomia* del siglo XVIII y XIX al no aislar ni fragmentar sus observaciones, como lo hicieron sus contemporáneos. Esta cualidad demuestra que María poseía una visión sistémica integrada que valoraba las semejanzas, las diferencias y sus relaciones. No necesitaba considerar los cambios y las grandes transformaciones geológicas para reconocer la centralidad de la vida y su interdependencia. A partir de la entomología, se convirtió en bióloga y ecóloga mucho antes de que apareciera esta disciplina y su especialidad.

Según Foucault (2007a), la *episteme* clásica, que va tomando forma en el siglo XVIII, “recurre a una *mathesis* cuyo método universal es el álgebra. En cuanto se trata de poner en orden las naturalezas complejas (las representaciones en general tal como se dan a la experiencia), es necesario constituir una *taxinomia* y, para ello, instaurar un sistema de signos” (p. 78). Y una vez calculado y ordenado el mundo, por sus diferencias y “simultaneidad espacial”, los naturalistas refirieron como génesis los cambios, lo cual “supone una serie sucesiva [...] que los reparte en un *analogon* del tiempo, como una cronología” (Foucault, 2007a, 80). Aquí,

La tarea fundamental del “discurso” clásico es *atribuir* un nombre a *las cosas y nombrar su ser en este nombre*. Durante dos siglos, el discurso occidental fue el lugar de la ontología. [...] Al atribuir a cada cosa representada por el nombre que le convenía y que, por encima de todo el campo de la representación, disponía la red de una lengua bien hecha, era ciencia –nomenclatura y taxinomia. (Foucault, 2007a, p. 125).

María S. Merian no participó directamente en esta historia natural, fundada en la designación, que recortaba y organizaba, pero su trabajo sí fue empleado en ello. Según Foucault (2007a), “Se nombrará no a partir de lo que se ve, sino a partir de los elementos que la estructura ha dejado pasar ya al interior del discurso. Se trata de construir un segundo lenguaje a partir de este primer lenguaje, pero cierto y universal” (139). Un ejemplo de esta visión selectiva lo comparte Londa Schiebinger (2004) en su libro titulado *Nature’s body: gender in the making of the modern science*, en el que explica la fascinación de Linneo y la sociedad europea por las glándulas mamarias, y cómo opta por nombrar toda una clase de organismos como mamíferos, seleccionando una característica entre toda una enorme gama de posibilidades. Bien explica nuestro sociólogo que

El sistema es arbitrario en su punto de partida ya que descuida, de manera concertada, toda diferencia y toda identidad que no se remitan a la estructura privilegiada [...] Pero no es posible alcanzar el sistema natural sino después de haber establecido con certeza un sistema artificial, cuando menos en ciertos dominios de mundo vegetal y animal. (Foucault, 2007, 141).

Se trata de un sistema basado en las diferencias, que son identificadas por quien clasifica y nombra, bajo la apariencia de objetividad.

En su viaje a Surinam, Merian registró los nombres locales sin designar y ordenar el mundo, haciendo referencia a los conocimientos de las poblaciones originarias, pero manteniendo una actitud epistémica colonial. No se puede negar que existe un vínculo claro entre la *designación* para su *disposición* en el conjunto y para su adjudicación en las estructuras de producción y consumo (Foucault, 2007a, p. 159). Para la episteme clásica, sólo la autoridad epistémica del científico (varón, blanco, occidental) puede nombrar el mundo y, por ello, la comunidad

científica europea vilipendió a Marian por haber empleado las referencias locales. Hoy en día, Merian es celebrada por su trato respetuoso y su reconocimiento de los saberes de los pueblos originarios, lamentablemente, dicho gesto podría leerse como una manifestación de la colonialidad del saber más que una sincera valoración de los conocimientos locales. Regresaremos a este punto más adelante.

De la historia natural a la biología. Una ciencia clásica

Desafiando un tanto la historia de la ciencia y haciendo eco de la *Estructura de las Revoluciones Científicas*, publicado en 1962 por Thomas Kuhn (1922-1996), Foucault (2007a) presenta la noción de *episteme*, distinta de la propuesta khuniana de paradigma (2006). Si ambas comparten la idea de que la historia no es continua, ni deviene gradualmente, ni mucho menos se construye sobre los eventos y los “avances” previos, para Foucault, la *episteme* ofrece las condiciones de posibilidad del surgimiento de un conocimiento nuevo. Concluyentemente, no es posible sostener la idea de progreso. En seguida, la historia natural de los siglos XVII y XVIII que busca nombrar, designar, clasificar, ordenar, calcular, sólo sobreviene en la biología cuando ocurre la ruptura conceptual que permite que surja la noción de vida (Foucault, 2007a, p. 161).

Este sisma ocurre a finales del siglo XVIII, cuando se distinguen las ciencias *a priori*, que son las “ciencias formales y puras, que dependen de la lógica y las matemáticas”, de las ciencias *a posteriori*, que son las ciencias empíricas “que sólo utilizan las formas deductivas” y que exigen un método empírico que busca “formalizar, y quizá matematizar, los dominios de la economía, de la biología y, por último, de la lingüística misma” (Foucault, 2007a, p. 241).

Si ya Linneo hablaba de un sistema de ordenamiento, la idea dio paso a una visión centrada en la diferencia, que debía permitir el reconocimiento de la “*coexistencia, jerarquía interna, [y] dependencia* con respecto a un *plan de organización*” (Foucault, 2007a, p. 260). Es con George Cuvier (1769-1832) que

La coexistencia designa el hecho de que un órgano o un sistema de órganos no pueden estar presentes en un viviente sin que otro órgano u otro sistema, de naturaleza y forma determinadas, lo estén también: “Todos los órganos de un mismo animal forman un sistema único todas cuyas partes se sostienen, accionan y reaccionan unas sobre otras; no puede haber modificaciones en una de ellas que no produzcan otras análogas en todas las demás (Cuvier, 330 en Foucault, 2007, p. 260).

No obstante, un siglo antes, María Merian ya observaba y documentaba relaciones sistémicas de los organismos que estudiaba, sus ciclos de vida, sus sistemas de alimentación, locomoción, sus conductas, sus relaciones interespecíficas (entre especies) y otras tantas observaciones sistémicas, que se incorporarían en los análisis del campo de la biología y la ecología muchos años después. El gran avance documentado por Foucault (2007a) en cuanto a las “correlaciones laterales que establecen relaciones de concomitancia fundadas por necesidades funcionales entre los elementos de un mismo nivel” es que “*es necesario* que el animal se alimente”, que capture una presa y que se relacionen sus “aparatos de masticación y de digestión”, observaciones que ya María había hecho, muchos años antes, pero que la ciencia patriarcal en el siglo XIX ocultó por no ser considerada una autoridad epistémica (p. 260).

El tema de la alimentación es interesante, pues aún en el siglo XXI se encuentran remanentes de una visión más anatómica que funcional. Un caso concreto son las guías de identificación de especies, por ejemplo, de aves, en las que, en la mayoría de los casos, no se incluye más que su descripción física, las formas de sus picos, sus colores y, en las versiones digitales, sus cantos; dejando de lado las plantas en las que se pueden encontrar, sus hábitos, su alimentación, o sus interacciones con otras especies, muy a la usanza del siglo XVIII y XIX, lo que podría indicar el anclaje de la biología en la episteme clásica.

La obra de Merian no comete dicho error, su trabajo siempre incluye interacciones entre especies, educando al público espectador sobre los organismos y sus relaciones. María Sibylla pasó de estudiar flores a insectos y posteriormente a reptiles, todos ellos seres con una muy mala reputación. Podría decirse que eran seres despreciados, como ella misma, compartiendo su marginalidad. A pesar de ello, fueron observados

con atención, documentando sus relaciones sistémicas. Su “noble invención”, como ella misma lo llamó, fue ilustrar las relaciones tróficas. Ello la distinguió de otros naturalistas como Jan Godeart (1617-1668), que aislaron los organismos y los dibujaron de forma estática, sin su planta hospedera, sin relaciones parasitarias, mutualistas o simbióticas. María, por su parte, incluyó todas las anteriores, además de presentar a los organismos en movimiento (ver dibujo de mariposa pavo real de J. Godart y M. Merian) (Etheridge, 2022, p. 26).

De tal manera, se ilustra el argumento de Foucault (2007a) de que

Lo vivo no debe ser comprendido ya sólo como una cierta combinación de moléculas que llevan caracteres definidos; dibuja una organización que mantiene relaciones ininterrumpidas con los elementos exteriores que utiliza (por medio de la respiración, de la alimentación) para mantener o desarrollar su propia estructura. [...] Lo vivo, por el juego y la soberanía de esta misma fuerza que lo mantiene en discontinuidad consigo mismo, se encuentra sometido a una relación continua con lo que lo rodea. Para que lo vivo pueda existir, es necesario que haya numerosas organizaciones irreductibles unas a otras y, también, un movimiento ininterrumpido entre cada una y el aire que respira, el agua que bebe, el alimento que absorbe. Al romper la antigua continuidad clásica entre el ser y la naturaleza, la fuerza dividida de la vida va a hacer surgir formas dispersas, aunque ligadas todas ellas a las condiciones de existencia. En algunos años, entre el siglo XVIII y el siglo XIX, la cultura europea modificó por completo la espacialización fundamental de lo vivo; para la experiencia clásica, lo vivo era una casilla o una serie de casillas en la taxonomía universal del ser; y si su localización geográfica desempeñaba un papel (como en Buffon) era para hacer aparecer las variaciones que eran posibles. A partir de Cuvier, lo vivo se envuelve en sí mismo, rompe sus vecindades taxonómicas, se arranca al vasto plan constructor de las continuidades y se constituye un nuevo espacio; espacio doble, a decir verdad —ya que es el espacio interior de las coherencias anatómicas y las compatibilidades fisiológicas, y el exterior de los elementos en los que reside para hacer de ellos su propio cuerpo. Pero estos dos espacios tienen un encargo unitario; no es ya el de las posibilidades del ser, sino el de las condiciones de la vida. (pp. 268-269).

Sin imaginar los posteriores aportes de la geología y la paleontología a la biología —en su argumentación evolutiva—, María Merian ya entendía la importancia de las interacciones entre los organismos y su entorno, como lo plasman sus cuadros. ¿Qué le permitió reconocer y celebrar estas interacciones vitales?

En el lugar del rey, la entomóloga, ecóloga y artista

Regresemos ahora a *Las Meninas*. Michel Foucault recurrió a este cuadro para rematar con fuerza su argumento respecto a lo que —en la epistemología feminista— se llama la autoridad epistémica, develando las estructuras y los discursos que detentan el poder y la legitimidad para conocer el mundo, para observarlo, para estudiarlo, para nombrarlo y ordenarlo. La transformación de la historia natural a la biología representó un cambio en el discurso, pero también requirió un cambio en otras disciplinas como la economía y la lingüística. Fue necesario hacer del ser humano objeto y sujeto de investigación, como aquel soberano que contempla a través del espejo la escena que se desarrolla frente de sí (Foucault, 2007a, p. 304). Si ya la teoría evolutiva había perfilado al ser humano como parte del mundo natural, y ya había sido estudiado como un organismo vivo, también se estudió en su producción material y cultural. Fue a través de su lenguaje que se convirtió en objeto y sujeto de investigación y surgieron las ciencias humanas.¹

Una vez más, María Sybilla Merian vuelve a sorprendernos con sus observaciones en Surinam cuando, lejos de circunscribir sus indagaciones científicas a los hechos biológicos, escribe y opina sobre la actividad humana y su impacto negativo en los ecosistemas. La científica ya vislumbraba la destrucción que la economía global tendría sobre la natu-

¹ “En un sentido, el hombre dominado por el trabajo, la vida y el lenguaje; su existencia concreta encuentra en ellos sus determinaciones; no es posible tener acceso a él sino a través de sus palabras, de su organismo, de los objetos que fabrica —como si primero ellos (y quizá sólo ellos) detentaran la verdad—; y él mismo, puesto que piensa, no se revela a sus propios ojos sino bajo la forma de un ser que es ya, en un espesor necesariamente subyacente, en una irreductible anterioridad, un ser vivo, un instrumento de producción, un vehículo para palabras que existen previamente a él. Todos estos contenidos que su saber le revela como exteriores a él y más viejos que su nacimiento, lo anticipan, desplazan sobre él toda su solidez y lo atraviesan como si no fuera más que un objeto natural o un rostro que ha de borrarse en la historia. La finitud del hombre se anuncia —y de manera imperiosa— en la positividad del saber; se sabe que el hombre es finito, del mismo modo que se conoce la anatomía del cerebro, el mecanismo de los costos de producción o el sistema de conjugación indoeuropeo; o mejor dicho, en la filigrana de todas estas figuras sólidas, positivas y plenas, se percibe la finitud y los límites que imponen, se adivina como en blanco todo lo que se hacen imposible” (Foucault, 2007, p. 305).

raleza, llamando la atención sobre la deforestación de la selva para la producción agrícola (Paravisini-Gerbert, 2012).

Su posición desde los márgenes de la sociedad y de la comunidad científica le ofreció la posibilidad de desafiar las normas y no vaciló en ello. Independizándose económicamente, divorciándose, explorando la vida espiritual y viajando para hacer trabajo de campo al nuevo mundo, opinó y compartió sus hallazgos. En contraste, muchos naturalistas varones no lograron lo que ella alcanzó. Algunos, como Linneo, nunca viajaron, y cinco de sus estudiantes murieron en expediciones de recolección (Etheridge, 2011). Sibylla Merian observó todo desde el margen y pudo ver la imagen más completa. Reclamó su centralidad en el acto mismo de pintar y registró aquello que consideró importante en su *Studienbuch*. Se sentó en la posición del rey y la reina, fuera del cuadro, y observó.

Claro está que Merian fue producto de su tiempo y poseyó una mirada colonial. No se asombró de la institución de la esclavitud, pero sí se preocupó por la deforestación y el especismo. Fue más fuerte su amor por insectos, reptiles y otros organismos envilecidos que por los seres humanos racializados. Merian ilustra lo que Lugones llama *sistema moderno colonial de género*, entretejiendo el concepto de *interseccionalidad* de la escuela de jurisprudencia proveniente del feminismo negro y la Teoría Crítica de la Raza (CRT, por sus siglas en inglés) y el concepto de *colonialidad del poder* de Aníbal Quijano, el cual permite explicar lo que la autora argentina llama la: “indiferencia que los hombres [y en este caso mujeres como Sibylla] muestran hacia las violencias que sistémicamente se infringen sobre las mujeres de color; mujeres no blancas; mujeres víctimas de la colonialidad del poder e, inseparablemente, de la colonialidad del género” (Lugones, 2008, p. 75). Sin ser consideradas seres humanos, las mujeres indígenas y africanas no eran más que objetos que podían poseerse e intercambiarse a voluntad. De tal manera que en Surinam, María y su hija Dorotea recibieron esclavos y, a su regreso a Ámsterdam, María llevó consigo una esclava, probablemente Carib o Arawak. Elizabeth Polcha (2019) dice que ser propietaria de una mujer indígena le aportaba el conocimiento local sobre las plantas, pero también le ofrecía una posición reconocida entre los naturalistas de la época. No sólo

María podía presumir de pintar los organismos vivos en Surinam, sino que también poseía una informante real y viva que le aportaría valioso conocimiento, negado a la mujer racializada por el hecho de no ser considerada un ser cognoscente, pero siendo explotada y víctima de lo que hoy llamaríamos extractivismo académico (Polcha, 2019), extrayendo a la fuerza el subsidio de los saberes de mujeres y varones, despojados de su dignidad humana, para acrecentar la deuda epistémica con Abya Yala. Apropiado el conocimiento, se beneficia de él. Subvención que sustentó la modernidad y que en palabras de Quijano (1992):

Con la conquista de las sociedades y las culturas que habitaban lo que hoy es nombrado como América Latina, comenzó la formación de un orden mundial que culmina, 500 años después, en un poder global que articula todo el planeta. Ese proceso implicó, de una parte, la brutal concentración de los recursos del mundo, bajo el control y en beneficio de la reducida minoría europea de la especie y, ante todo, de sus clases dominantes. (p. 11).

María se sienta, momentáneamente, en la posición de los monarcas, pero no es capaz de percibir su propia opresión, ni la dominación que ella ejerce sobre otros seres, violentamente deshumanizados. No le es posible reconocer las “distinciones jerárquicas” entre hombres y mujeres, ni que la “mujer europea burguesa no era entendida como su complemento [del varón blanco], sino como alguien que reproducía la raza y el capital mediante su pureza sexual, su pasividad, y su atadura al hogar en servicio al hombre blanco europeo y burgués” (Lugones, 2011, p. 106).

Evidentemente, María Sibylla no fue una mujer dócil y hogareña. Debe reconocerse que desde niña desafió la estructura patriarcal, considerando las oportunidades y los límites establecidos por su clase. Sin embargo, no se puede ignorar tampoco que enfrentó las dificultades asociadas a su género y que su obra fue fuertemente criticada por ser mujer. Desafortunadamente, inmersa en la matriz de la colonialidad del poder, percibió a los varones de los pueblos originarios como “no humanos por ser no hombres, y las hembras colonizadas se convirtieron en no-humanas, por no ser no hombres” (Lugones, 2011, p. 107). Por ello,

se asombra de lo que los esclavizados son capaces de hacer para evitar la violencia y el maltrato que viven en condiciones de opresión, y no se espanta de la esclavitud en sí misma.

Polcha (2019) critica un multicitado párrafo del *Metamorfosis de los insectos de Surinam*, en el que la placa 45 plasma la imagen de una flor del pavo real (*Flos pavonis*), y Merian escribe:

Los indios que no son bien tratados cuando están al servicio de los holandeses, hacen uso de esta planta para abortar sus hijos, ya que no quieren que sean esclavos como ellos. Los esclavos negros de Guinea y Angola deben ser muy bien tratados o no desearán tener hijos en esta situación y no tendrán. Incluso, en ocasiones los matan, debido al duro trato habitual que se les da a ellos, porque creen que al morir renacerán de nuevo en un estado libre en su tierra con sus amigos, lo he escuchado de sus labios (s.n).

Lo que sorprende, más allá del horror que la cita es capaz de transmitir sobre la situación de personas que están dispuestas a abortar y cometer infanticidio para evitar el sufrimiento de la violencia más cruel en la historia de la humanidad, es que, a punto seguido, María Merian pase a notar los colores de la oruga que aparece en la imagen. Es decir, la belleza contrasta con el espanto y uno se queda consternado. Para algunas personas, sus anotaciones bastan para convertirlas en una denuncia, pero ¿es realmente una denuncia o simplemente el registro de un dato, de una observación, de un hallazgo? Pareciera que son las propiedades abortivas y la falta de reproducción lo que interesa a Merian, y no el rapto, saqueo, destrucción, violación y genocidio en las colonias europeas (Polcha, 2019). La observación de María se centra en la exigencia de las esclavas de recibir un buen trato, como si ello fuera una reivindicación excesiva, obviando al mismo tiempo la indigna condición de sujeción. Además, su referencia respecto a la fuente del dato ilustra su pasmo e incredulidad sobre lo que las mujeres son capaces de hacer. Se percibe una actitud que juzga a las colonizadas por sus actos salvajes. También se puede leer entre líneas una actitud de superioridad frente a esos seres, que fueron considerados por los colonizadores bestias “promiscuas, grotescamente sexuales y pecaminosas” (Lugones, 2011, p. 107).

El talante científico de María se encuadra dentro de las fronteras del conocimiento especializado que ella contribuye a erigir. Por lo que se podría decir que ella es una naturalista y científica de la episteme clásica. Se interesa por lo natural, pero descarta todo lo demás. Ignora que la ciencia colonial se beneficia de la explotación y la destrucción de poblaciones humanas y los ecosistemas. Que la colonialidad le dio la vuelta al mundo apropiándose de la naturaleza, de las culturas y de su gente. Que la biopiratería inició con los viajes de exploración que ella inauguró. Y que las lógicas de dominación racial se diseminaron gracias a las teorías eugenésicas creadas e impulsadas por las ciencias naturales. No hace falta recordar que ese mismo George Cuvier, que Michel Foucault ensalza como el gran pensador, responsable de la ruptura epistémica, es el mismo que cometió una de las atrocidades más terribles y vergonzosas de la historia de la ciencia. Polcha (2019) nos recuerda que George Cuvier no sólo participó de la humillación a Sarah Baartman (Saartje Baartman) (1789-1815), una mujer Khoi de Sudáfrica, que fue exhibida en circos y espectáculos de monstruosidades en Europa por su esteatopigia, y quien fuera tratada como un animal y probablemente prostituida y “estudiada” por científicos, sino que fue diseccionada por él, quien encurtió su cerebro y sus genitales y los colocó en contenedores que fueron expuestos con descaro en el Museo del Hombre en París, hasta 1974 (Parkinson, 2016). El mismo que es celebrado por M. Foucault por sus aportes a la construcción de la episteme clásica y el surgimiento de la biología. ¿Qué ciencia es esa que humilla y justifica la violencia racial y sexual? Es la ciencia producto de la modernidad, que resultó a su vez de la colonialidad del ser, del poder, del saber y de género.

Tristemente, Merian, en la posición del rey en el cuadro de *Las Meninas*, percibe la escena desde su experiencia de mujer blanca en una sociedad racista. En esa posición, ni Felipe IV ni Mariana de Austria veían las castas de la sociedad colonial, ni tampoco el capacitismo, ni sus efectos en la vida de las personas con acondroplasia, como Mari Bórbola y Nicolás, tratados como objetos de diversión para entretener a la Infanta.

La vida y obra de María podría recuperarse como parte de una historia de las mujeres, e interpretarse como un protofeminismo blanco,

aquel que Yuderkys Espinosa (2012) llama el de las “mujeres de privilegios blanco burgueses, en detrimento de la mayoría racializada” (p. 145). Una ciencia colonial sin conciencia ética, política y económica es una actividad de reproducción de los sistemas de opresión. En las palabras de Polcha (2019), reproduce la “supremacía blanca” y patriarcal. De tal suerte que *La arqueología del saber* (2007b) no considera esta asimetría desde los estudiados, puestos allí para satisfacer los deseos del rey. Será hasta después que Foucault se concentrará en los dispositivos de poder con mayor atención, pero en su periodo arqueológico no explica la ceguera social, política y económica de la biología, obviamente, su condición de varón blanco se lo impide.

El punto de vista depende del sitio desde donde se contempla

El vuelco que hemos dado al análisis de la vida y obra de María S. Merian, desde la mirada arqueológica de Foucault, debe pasar ahora por el tamiz de la TpV, pues a través de ella se puede valorar un entramado de poder que la arqueología no permite reconocer en la episteme renacentista ni clásica, y que afecta de manera importante la producción de conocimiento como actividad humana en la modernidad. Es decir, más allá de las formaciones discursivas, de las distintas epistemes, el conocimiento responde a un entramado de relaciones de dominación que se sustenta en la producción material y del conocimiento. Coinciden la arqueología del saber y el punto de vista en que la realidad puede ser estudiada desde muchas ópticas, pero en todas ellas quien investiga debe posicionarse para observar. Lógicamente, el sitio desde donde se coloca el sujeto determina el campo visual, pues limita lo que se puede ver y lo que no, de tal forma que se abre una perspectiva y se esconde otra. María pudo moverse entre la episteme renacentista y la episteme clásica, pero no podía ver los elementos sociales, ni tampoco le interesaban. De acuerdo con Foucault, eso la descalifica de considerarse moderna. Sin duda alguna, María experimentó las dificultades de vivir en

una sociedad patriarcal, pudo sortear los obstáculos que por su género se le presentaron gracias en parte a sus dones y a sus privilegios, que una economía boyante —con base en la mano de obra esclava y la explotación de naturaleza— le ofrecieron (Pocha, 2019).

La teoría del punto de vista feminista (TpV) no parte de la visión del rey, sino de la experiencia del oprimido. Ambos enfoques abrevan, guste o no, de la tradición marxista. Foucault busca estructuras y relaciones de poder y dominación sistémicas, como también lo hace la TpV al inspirarse en la lucha de clase para analizar la dicotomía sexo-genérica y sus intersecciones con la raza, etnicidad, edad, orientación sexual, entre otras tantas categorías.

La famosa sentencia de Foucault, inspirada en la declaración de Nietzsche de que el hombre ha muerto, podría ser recuperada por algunas feministas para significar que el varón investigador ha muerto, pues no existe un ser cognoscente que produzca conocimiento universal, sino saber, producto de la experiencia sexo-genérica y heteronormativa. En este tenor, Foucault describe sin percatarse tres *epistemes* patriarcales. Verbigracia, en el Renacimiento, Bacon describe a la naturaleza con cualidades femeninas que hay que conquistar y dominar. Lo mismo se puede decir de la época clásica. Y en la modernidad, el hombre-varón (probablemente blanco y europeo) es sujeto-objeto de conocimiento, dejando fuera al resto de la población. En las tres epistemes, prevalece esa generización de la ciencia que Fox-Keller (1983) identifica como campos de investigación sobre la naturaleza, la actividad de ser cognoscente y el conocimiento mismo, estudiados como una dicotomía en la que el sujeto-objeto corre paralelo a lo masculino-femenino.² Aunque el discurso dominante intenta hacer irrelevante el género de quien investiga, la ciencia hegemónica

² “Not only are mind and nature assigned gender, but in characterizing scientific and objective thought as masculine, the very activity by which the knower can acquire knowledge is also genderized. The relation specified between knower and known is one of distance and separation. It is that between a subject and object radically divided, which is to say no worldly relation. Simply put, nature is objectified”. Y más adelante dice: “Masculine here connotes, as it so often does, autonomy, separation, and distance. It connotes a radical rejection of any commingling of subject and object, which are, it now appears, quite consistently identified as male and female” (Fox-Keller, 1983, p. 191).

reproduce el enfoque generizado. Merian, como cualquier otra científica hegemónica, es mujer y sigue las mismas lógicas de dominación patriarcal. Ahora bien, un feminismo liberal simplemente toma este argumento y se pregunta, ¿de qué manera un enfoque feminista podría mejorar las prácticas científicas para perfeccionar la ciencia? La respuesta se encuentra en las preguntas, las metodologías y los métodos de investigación que pueden neutralizar el sesgo genérico, pasando de una objetividad débil a una objetividad fuerte, al tomar en cuenta el género (Harding, 1993). Para otras feministas, el problema va más allá de la ciencia y la epistemología, pues apunta a temas de justicia social, entre ellas encontramos a Hartsock y Hill-Collins.

Recuperando la descripción marxista de la clase, Hartsock (1983) explica que la vida material estructura y establece límites en la comprensión de las relaciones sociales y que la dualidad de clase y sexo se presenta siempre en toda investigación. Como resultado de la experiencia de confrontación entre el grupo dominante y el oprimido, es posible que la visión del grupo sojuzgado que lucha pueda cuestionar a la ciencia y obligarla a reconocer las relaciones sociales que posibilitan su opresión y que la justifican como verdadera (Hartsock, 1983). Finalmente, la adopción del punto de vista expone la deshumanización del grupo oprimido, y este reconocimiento debe ser liberador (Hartsock, 1983, p. 285). Obviamente, lo que aquí se propone se observa más claramente en las ciencias sociales, aunque los prejuicios se reproducen en el estudio de la naturaleza tanto como en cualquier otra ciencia. Las dualidades jerarquizadas como mente/cuerpo, ideal/material, social/natural, yo/otro, influyen en todo proceso de producción de conocimiento, por lo que el punto de vista puede ser aplicado a todas las ciencias más allá de las sociales y biológicas. De allí también que, sin tomar en cuenta la TpV, no se pueda comprender la historia de las ciencias. Por ejemplo, en el caso de María Sibylla, es difícil dimensionar los ataques en su contra y el desprestigio del que fue objeto en el siglo XIX sin un análisis con perspectiva política, económica y de género.

En el artículo titulado *Female naturalist and the patterns of suppression of women scientists in history: the example of María Sibylla Merian and her*

contributions about useful plants, Fernanda Mariath y Leopoldo Baratto (2023) analizan el detalle y cientificidad de la obra M. Merian en su descripción de las plantas de Surinam y también describen la devaluación sistemática de su trabajo. Para explicar este fenómeno, recurren a la obra de Joanna Russ (1983), quien identifica patrones de supresión y devaluación que consisten en una serie de estrategias que incluyen desde la prohibición o dificultad para publicar, el robo, usurpación de la autoría o devaluación de la contribución, ridiculizar capacidades para la investigación (empleando fuentes inadecuadas), no seguir los usos y costumbres de la práctica científica, demeritar, humillar, entre otras. El análisis se queda corto, porque carece de una visión sistémica como la de Foucault, Hartsock o Hill-Collins. Se obvia que todas las estrategias son reacciones emocionales, sistemáticamente motivadas y empleadas contra ciertos grupos subalternos, cuya posición de opresión garantiza los privilegios de quien detenta el poder. Al respecto, Patricia Hill-Collins (1997) explica que no se pueden estudiar las vejaciones cometidas de forma individual, sino como una experiencia compartida por un grupo, en otras palabras, lo que se describe no es exclusivo de María Sibylla Merian, sino de muchas mujeres científicas (375). Quizá es necesario recordar que no existen grupos monolíticos, pues también se reconocen diferencias al interior de ellos. Como académica negra, Hill-Collins (1997) está consciente de que no todas las mujeres de color viven las mismas condiciones, sino que dependerá de otras variables como clase, edad, sexualidad, etnicidad, etc. Independientemente de ello, es necesario visibilizar las relaciones de poder que ocurren y que mantienen intacta la inequidad social (Hill-Collins, 1997, p. 376). La TpV, así entendida, estudia las relaciones de poder entre grupos y el conocimiento que estas dinámicas sociales producen (Hill-Collins, 1997, p. 377). Este punto es compartido con Hartsock (1983), quien considera que a través de la TpV se produce conocimiento mediado, a pesar de que el grupo dominante ejerce el control de la producción física y mental, produciendo ideología (p. 288).

En suma, la TpV ofrece una herramienta de análisis para comprender cómo las relaciones jerárquicas de poder se integran en los espacios

académicos y de producción de conocimiento. En lugar de los discursos foucaultianos, esta recupera las voces de los individuos y grupos marginados (Hill-Collins, 1997, p. 379). No le interesan los bufidos de los varones que despreciaron los hallazgos de Sibylla Merian. De aquel que dijo que Merian no era académica, sino pintora, que bordaba, que era vendedora de pinturas, maestra, ama de casa, madre y amante de la naturaleza, que no había estudiado, ni sabía latín y que no poseía ninguna cualificación para ser autora de un trabajo científico; o aquel que llamó su trabajo “inútil”, sin sentido y sin importancia, apuntando a errores de color a partir de ediciones no originales, y sugiriendo que ella había mentido; o aquel otro que cuestionó la imagen de la tarántula que depreda a un colibrí, sin ninguna evidencia empírica al respecto (Mariath y Baratto, 2023). No interesa tampoco que se minimice el éxito de su obra, que se considere una excepción/aberración, o un mal ejemplo para las mujeres (Mariath y Baratto, 2023). Interesa más la voz de los grupos excluidos. La voz fuerte y clara de María Sibylla Merian y sus pinturas que desafían, con su belleza, las mentiras y a los mezquinos. Sin ser perfecta y con todas sus fallas y limitaciones, recuperamos su ejemplo de transgredir las reglas como un acto político de resistencia (Hill-Collins, 1997, p. 379).

Caminando juntas llegamos más lejos

Ni María Sibylla Merian, ni ninguna de las académicas que participamos en el Seminario Especializado *La formación educativa de las mujeres en el siglo XVII: Europa y América*, caminamos solas. En el caso de María Sibylla, su círculo incluyó a su madre, hijas y amigas que la acompañaron en el camino. Al igual que ella, nosotras también marchamos acompañadas y eso nos enriquece. Si a través de la historia de la ciencia la perspectiva de las mujeres no tuvo cabida hasta el surgimiento del hombre –según Foucault–, la TpV ha revivido al hombre muerto gracias a las mujeres y a las feministas descoloniales, comunitarias y a todos los colectivos y grupos excluidos que no les es permitido conocer y nombrar el mundo.

La invitación desde la epistemología feminista, particularmente de la TpV, es hacer de la experiencia de marginación el punto de partida de la investigación. Para ello, es necesario emprender cualquier pesquisa desde las y los que no tienen voz o, más bien, cuya voz no es escuchada. Una ciencia feminista descolonial reconoce que la toma de decisiones debe ser problematizada, es decir, debe ser analizada en sus relaciones políticas, económicas y culturales desde la experiencia de las mujeres marginadas y acalladas. Ningún concepto es objetivo y neutral, sino que existe posicionado ética y políticamente. Lo que contrasta con la experiencia de Merian que, como muchos y muchas biólogas en la actualidad, presuponen la objetividad del sujeto frente a las relaciones sociales. No se consideran temas de justicia social, a pesar de que los resultados de sus investigaciones afectan procesos sociales y ecológicos. Sin embargo, María vivió las injusticias y, en respuesta a ellas, se sublevó intuitivamente, sin reparar en ellas. Por fortuna, sus condiciones sociales le permitieron superar las dificultades, poseía una profesión, se mantenía económicamente independiente, se divorció, se cambió de casa, estudió y viajó. Decisiones que muchas mujeres del siglo XXI no podrían tomar hoy día, dadas las condiciones en las que sobreviven.

La TpV reconoce que no todas las mujeres comparten la misma experiencia. No hay una mujer universal, sino atravesada por raza y clase, edad, sexualidad, entre otras tantas diferencias. Merian provenía de la burguesía, su padre fue editor, grabador, y dirigió una de las más grandes imprentas de Europa, su círculo incluyó empresarios, profesionistas y sabias mujeres acomodadas como Anna María Van Schurman, que disfrutaron de excelentes condiciones para el estudio y el cultivo de las artes. El colonialismo generó la riqueza que ella capitalizó y que le permitió fundar —a través de su conocimiento— disciplinas como la entomología, la biología y la ecología. María fue en los siglos XVII y XVIII una autoridad epistémica. Pero las reglas del juego cambian, y con la conformación de la episteme clásica, María fue destronada y negada. Pasó de estar en la posición del rey a no estar en el cuadro. Fue desterrada de él, a pesar de que en la escena aparecen personajes subalternos al servicio del poder.

Felizmente para Sibylla –como para nosotras–, su trabajo como pintora la mantiene presente. Aun si Diego Velázquez no se hubiera incluido en la pintura de *Las Meninas*, sus obras nos habrían recordado quién fue. No así con las palabras que se las lleva el viento, o que quedan archivadas en bibliotecas y colecciones inaccesibles. Una imagen vale más que mil palabras, y eso es innegable. Es otra forma de conocer.

Referencias

- DESCARTES, R. (2010). *El discurso del método*. Colección Austral Espasa-Calpe.
- ETHERIDGE, K. (2022). The world of Maria Sibylla Merian. En B. van de Roemer, F. Pieters, H. Mulder, K. Etheridge & M. van Delft (Eds.), *Changing the nature of art and science*, (24- 32). Lannoo Publishers.
- ETHERIDGE, K. (2011). Maria Sibylla Merian: The First Ecologist? En D. S. Andréolle y V. Molinari (Eds.), *Women and Science: Figures and Representations-17th century to present*, (31-61). Cambridge Scholars Publishing.
- ESPINOSA Miñoso, Y. (2012). De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación co-constitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad. *Solar*, 12(1), 141-171. https://om.juscatamarca.gob.ar/articulos/De_por_que_es_necesario_un_feminismo_des.pdf
- FOUCAULT, M. 2007a. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. 2007b. *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- GERMAN History Intersections (29 de Agosto 2025). Maria Sibylla Merian, Butterflies, Beetles, and Other Insects (18th Century). <https://germanhistory-intersections.org/en/knowledge-and-education/ghis:document-168>
- HARDING, S. (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: What is Strong Objectivity? En: Alcoff, L. y Potter, E (Eds), *Feminist epistemologies*, (49-82). Routledge.
- HARTSOCK, N. (1983). The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism. En S. Harding y. M. Hintikka (Eds.) *Discovering reality: feminist perspectives on epistemology, metaphysics, methodology, and philosophy of science* (283-310). Kluwer Academic Publishers.
- HEARD, K. (2016). *Maria Merian's Butterflies*. London: Royal Collection Trust. <https://media.rct.uk/sites/default/files/filedownloads/Maria%20Merian%27s%20Butterflies.pdf>
- HILL-COLLINS, P. (1986). Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought. *Social Problems*, 33(6), 14-32. <https://www.jstor.org/stable/800672>

- KELLER, E.F- (1983). Gender and Science. En S. Harding y. M. Hintikka (Eds.), *Discovering reality: feminist perspectives on epistemology, metaphysics, methodology, and philosophy of science* (187-203). Kluwer Academic Publishers.
- KUHN, T. (2006). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- LINNÉ, C. (1735). *Systema naturae, sive regna tria naturae systematice proposita per classes, ordines, genera et species*. Lugduni Batavorum: Apud Theodorum Haak, ex Typographia Joannis Wilhelmi de Groot. <https://bibdigital.rjb.csic.es/idurl/1/10688>
- LUGONES, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la Discordia*. 6 (2), 105-119. https://hum.unne.edu.ar/generoysex/seminario1/s1_18.pdf
- LUGONES, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101. <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>
- MARIATH, F. y Baretto, L. 2023. Journal of Ethnobiology and Ethnomedicine. *Female naturalist and the patterns of suppression of women scientists in history: the example of María Sibylla Merian and her contributions about useful plant*. 19(17). <https://doi.org/10.1186/s13002-023-00589-1>
- PARAVISINI-GEBERT, L. (2012). Maria Sibylla Merian: The Dawn of Field Ecology in the Forests of Suriname, 1699-1701. *Review Literature and Arts of the Americas*. 41(1). <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/08905762.2012.670450>
- POLCHA, E. (2019). *Breeding Insects and Reproducing White Supremacy in Maria Sibylla Merian's Ecology of Dispossession*. Lady science. <https://www.ladyscience.com/breedinginsects-and-reproducing-white-supremacy/no57>
- QUIJANO, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú indígena*, 13(29), 11-20. <https://www.lavaca.org/wp-content/uploads/2016/04/quijano.pdf>
- SCHIEBINGER L. (2004) *Nature's body: gender in the making of the modern science*. Rutgers University Press.

